

uno de los cuales debía ser Economía y Comercio. Pero González Videla se negó a acceder a este pedido, prefiriendo entregarle tres ministerios de menor importancia y dejando tres para los radicales y tres para los liberales. Al Partido le correspondieron los ministerios de Vías y Obras, Agricultura y Tierras y Colonización.

El Partido Comunista presentó al país y al Gobierno medidas eficaces y realistas para resolver los problemas nacionales de acuerdo al espíritu y a la letra del programa del 4 de septiembre. Dichas medidas fueron luego ratificadas en el Plan de Aumento de la Producción que elaboró el Partido, en el cual, con un criterio realista, se planteaban soluciones precisas para el conjunto de los problemas nacionales. Estas soluciones tendían a poner en práctica la reforma agraria, a echar las bases sólidas de una industria pesada independiente, a romper el monopolio comercial yanqui, haciendo efectivas las relaciones con la URSS y extendiendo estas relaciones a los países que recién se liberaban del imperialismo, a suprimir los grandes intermediarios que encarecen artificialmente los alimentos, a resolver el angustioso problema de la vivienda, a mejorar las condiciones de vida de las masas y a hacer efectivos sus derechos democráticos.

En el Consejo de Gabinete se perfilaban claramente tres posiciones: una, la de los comunistas, que luchaban enérgicamente por la realización del programa del 4 de septiembre y que, para tal efecto, hacían proposiciones concretas; dos, la de los liberales, que se oponían invariablemente a toda medida seria que condujese a la aplicación de ese programa y, tres, la de los radicales, que era de conciliación y, por consiguiente, de indecisión en cuanto al compromiso contraído ante la ciudadanía: el cumplimiento del programa. González Videla compartía la posición de los ministros radicales y, además, rehuía el estudio a fondo de los problemas y se esmeraba en esterilizar las reuniones del Consejo de Gabinete con chistes y otras frivolidades fuera de tono y de tiempo.

El Partido estableció un procedimiento verdaderamente nuevo y democrático de gobierno: dar cuenta detallada y franca a todo el país de cómo marchaba el cumplimiento del programa, de lo que hacían los ministros cada día, de los obstáculos que encontraban y de la forma como las masas podían ayudar a vencerlos. Quince días después de ingresar al gabinete, el Partido rindió cuenta al pueblo en un gran acto realizado en el Teatro Caupolicán. En este acto hablaron Ricardo Fonseca y Miguel Concha. El procedimiento no gustó a González Videla, quien pidió al Partido otra clase de apoyo, un apoyo incondicional a su gobierno y a su gestión de Presidente en forma tal

que el Partido se hiciera solidario con todos los actos del Ejecutivo, incluyendo, por cierto, aquellos que los ministros comunistas hubieran objetado en el Consejo de Gabinete. Le tocó, precisamente, a Ricardo, discutir este problema con González Videla.

—Ud. nos pide un apoyo incondicional, le dijo Ricardo. “Pero yo debo decirle, Presidente, que los comunistas no somos incondicionales de nadie, de ningún hombre, ni siquiera del Secretario del Partido. Sólo somos incondicionales del pueblo, del programa que juramos cumplir, y sólo en la medida en que Ud. cumpla con este programa, lo apoyaremos resueltamente”.

El gobierno recién se iniciaba y González Videla tuvo que resignarse, al menos temporalmente, a aceptar de hecho el método de gobernar de los comunistas.

Gracias a este método, a la lucha y a la movilización de las masas, a la iniciativa y al empuje de los ministros y funcionarios comunistas en el gobierno y a la ayuda personal que diariamente recibían de Fonseca, el Partido logró, a pesar de todas las dificultades, realizar una labor positiva durante los cinco meses que permaneció en el gobierno. A proposición de sus ministros, se decretó la expropiación de 7 fundos en el Valle del Choapa y de Las Vegas de La Serena; de la gran hacienda Nanco de Malleco y de 35 mil hectáreas más en diversos otros puntos, para entregarlas a los campesinos y aumentar la producción agropecuaria. Se decretó la expropiación del Ferrocarril Salitrero de Tarapacá y del Ferrocarril de Concepción a Curanilahue, pertenecientes a compañías particulares. Se estableció el corte único del pan, para evitar la especulación con los panes de “tipo especial”. Se creó el Consejo de Economía Nacional. Se decretó el libre tránsito en los ferrocarriles particulares, prohibiéndose a las empresas yanquis discriminar cuales pasajeros pueden ir a sus minerales. Se decretó el estanco del trigo y de la harina. Se adoptaron numerosas otras medidas prácticas de positivo interés. Y se derogó la arbitraria circular que suspendía la sindicalización de los obreros agrícolas.

Todas las medidas resueltas por el Gobierno a proposición de los ministros comunistas fueron saboteadas en su realización práctica. Por ejemplo, el decreto que establecía el estanco del trigo fué retirado por González Videla de la Contraloría y, por lo tanto, no se llevó a cabo. El decreto que establecía el “corte único del pan”, para evitar la especulación con el llamado “pan especial”, fué vetado por el Presidente momentos después de conversar con los industriales panaderos. El decreto de expropiación de la Hacienda Nanco fué aprobado y cursado, pero no se aplicó jamás alegándose “falta de dinero”. El Con-

sejo de Economía Nacional se constituyó, pero desvirtuándose sus fines, transformándose en una asamblea académica sin atribuciones ejecutivas y copada por los representantes patronales. El Presidente González Videla no quería pelear con la derecha; no quería enfrentar siquiera a la oligarquía terrateniente ni al imperialismo; no quería cumplir el programa.

El Partido Comunista, con el apoyo del pueblo, exigía más y más el cumplimiento del programa. Los liberales, en el gabinete, exigían su abandono. Por una parte estaba el pueblo de Chile; por la otra, la oligarquía criolla y el imperialismo norteamericano. Y los días transcurrían, acercándose el plazo fatal de los seis meses, plazo máximo en que González Videla se había comprometido a hacer salir a los ministros comunistas. La situación comenzó a agudizarse en el seno del Gobierno. Vino el primer choque violento, en torno al Banco del Estado que el Ministro de Hacienda, don Roberto Wachholtz y los ministros comunistas exigían fuera creado de inmediato. Vino el segundo choque, en torno al precio del pan, que González Videla alzó en contra de la voluntad, públicamente manifestada, del Ministro comunista de Agricultura. Vino el tercer choque, en torno a la sindicalización campesina, cuando González Videla, transgrediendo el programa del 4 de septiembre, promulgó una ley patrocinada por la oligarquía que suprimió el derecho legal a la organización sindical de los trabajadores del campo.

Hasta ese instante, González Videla aparecía, para la opinión pública, como un decidido partidario del cumplimiento del programa y un sincero amigo de los comunistas. El sabía mantener estas apariencias. En efecto, mientras en el seno del gobierno sabotaba la labor de los ministros comunistas y tenía con éstos y con la Dirección del Partido serias discrepancias, para afuera, para la exportación, hacía declaraciones de furioso izquierdismo. "El movimiento anticomunista es, en el fondo, la persecución, la liquidación de la clase obrera", gritaba desde los balcones de La Moneda al regreso de una jira al norte chico. Y agregaba, refiriéndose a la campaña reaccionaria contra el Partido Comunista: "Estos caballeros que predicán el anticomunismo —vosotros lo sabéis y recientemente lo habéis visto— terminan siempre pidiendo gobiernos de fuerza, gobiernos de dictadura que, como Uds. saben, siempre terminan con manifestaciones sangrientas disputándole y arrebatándole los derechos al pueblo. Quiero que lo sepan mis enemigos y que lo sepan también mis amigos productores y agricultores a quienes les tiendo generosamente mi mano,

que no habrá fuerza humana ni divina que pueda jamás divorciarme del pueblo, que haga que yo le dé vueltas las espaldas"...

Por cierto que en este juego, el Presidente no actuaba solo. Por la misma cadena radial que se transmitieron estas sus palabras, se escuchó inmediatamente después una charla política de un orador anónimo, que demostraba conocer mucho los entretelones del gobierno y sembraba las más infames calumnias contra el Partido Comunista. ¿Quién era ese personaje que aparecía desde la sombra como el campeón del anticomunismo? Según se comprobó, no era otro que el propio Ministro del Interior, don Luis Alberto Cuevas, que preparaba sus charlas radiales de acuerdo con el propio Presidente de la República... Ellos se consideraban muy hábiles. Pero esta "habilidad" no les podía durar mucho tiempo. A fines de abril ya no se podía mantener esta doblez política. Ya era tiempo de expulsar del gobierno a los ministros comunistas. Ellos no daban motivo alguno. En el gobierno, no hacían otra cosa que defender los intereses del pueblo y luchar denodadamente por el cumplimiento del programa. Pero la reacción criolla y el imperialismo yanqui insistían: "los comunistas deben salir del Ministerio".

En abril de 1947 se realizaron en todo el país elecciones municipales. En dichas elecciones —según los datos oficiales— el Partido Comunista sacó 91 mil 282 votos contra 32 mil 219 que había sacado en 1944 en elecciones similares. A esos 91 mil y tantos votos había que agregar unos 15 mil más, correspondientes a diversos otros candidatos comunistas que fueron inscritos en las listas del Partido Radical. El Partido de Ricardo Fonseca pasaba a ser el más fuerte partido del país. Después de comprobarse este hecho —si la democracia burguesa fuera efectivamente una democracia— debió haberse aumentado la representación de los comunistas en el gobierno. Pero sucedió lo contrario; el Presidente pidió la dimisión de los ministros comunistas, porque —según lo expresó y consta en los diarios de la fecha— la oligarquía estaba asustada con el triunfo electoral de los comunistas.

Los comunistas salían del gobierno con la frente alta y las manos limpias. En el Gabinete habían logrado obtener algunas medidas en favor del pueblo. La resistencia liberal y la obstrucción presidencial al cumplimiento del programa habían impedido una labor más fructífera del gobierno. De los comunistas no se podía decir nada malo. No habían aprobado una sola alza; no habían autorizado ni un solo lanzamiento de arrendatarios; no habían servido de gestores de nadie. Salían del gobierno tan pobres y tan limpios como habían

entrado. Su único "delito" había sido el de luchar por el cumplimiento del programa, el de ser leales con el pueblo y con la nación chilena. El pueblo veía esto y premiaba al Partido votando por él en las elecciones municipales. Era la primera vez en Chile que un partido crecía en forma tan extraordinaria, estando en el gobierno.